

—Sí, yo soy, yo, que me han robado infamemente.

—Y quién os ha robado?

—La hija de Treviño.

—Mi hija?

Quedóse la bruja con la mirada enhiesta sobre el embozado.

—Sí, continuó rechinando las mandíbulas, la hija de Treviño, á quien yo habia dado albergue en mi casa, me ha robado un cofre con dinero----- el dinero reunido durante toda mi vida----- mirad, mirad, aquellas llamas consumen el resto de mi fortuna, mis drogas, mis composiciones, todo perece entre el fuego!----- y la bruja se echó á llorar con desesperacion.

—Devolvedme á mi hija y recobrareis vuestra fortuna.

—Por Satanás, que os la devolveré!

—Duplicaré tu fortuna.

—Vuestra mano! gritó la vieja y oprimió la de Treviño entre las suyas heladas y huesosas, y huyó con una ligereza de murciélago entre las lomas.

—Maldicion! gritó Treviño, el cielo y el mundo se cierran delante de mí; yo me abriré paso, ó dejaré mi existencia en este empeño!

Las ráfagas del aire llevaron las últimas palabras del portugues, que se hundió como una sombra en el silencio imponente de la noche.

CAPITULO VI.

PRISIONES Y PUÑALADAS.

I.

Despues de la zambra armada en la taberna del mulato, vimos al dueño de aquella abominable casa escurrirse de puntillas hasta la puerta por donde la madre Paulina habia desaparecido.

Asomóse á la cerradura, y vió sacar de un estante un bulto parecido á un cofre. La mano débil de la vieja no pudo sostener el peso, y el cofre cayó produciendo un sonido metálico que no se escapó al oido templado de Lino.

Azoróse la bruja, levantó el bulto, lo puso entre los pliegues de su manto y se echó á andar hasta la casuca que ya han visto arder nuestros lectores.

El mulato seguia como un zorro la pista, por entre los carriños, vió la trampa por donde la vieja desapareció y pudo oír el ruido seco de la escavacion.

El mulato se ocultó entre los árboles y siguió en pos de la madre Paulina hasta presenciar el encuentro con Rosalía.

Lino estaba contrariado terriblemente al ver regresar á la bruja y á la muchacha; cuando esta se quedó en la choza, tuvo intenciones de sorprenderla y matarla si era preciso.

Iba á consumir tan horrible crimen cuando se dejaron oír los pasos del familiar.

—Ya son dos, dijo el mulato con desesperacion, pero el tiempo vuela y es necesario hacerme de ese tesoro.

Sacó su puñal y comenzó á arrastrarse por la yerba como las serpientes, cuando el estudiante y Rosalía abandonaban á toda prisa la choza de la bruja.

—Me he salvado milagrosamente, murmuró el mulato, y se lanzó como hemos visto á la trampa, hizo la escavacion y se sacó el dinero.

II.

Despues de los sucesos referidos Lino se puso al mostrador de su taberna, sin darse por entendido de lo que pasaba; no esperando tener la visita de la madre Paulina, porque la Inquisicion la buscaba con su rabia de perro bulldog.

Repentinamente la bruja se descolgó como llovida del cielo en la taberna.

—Buenas tardes, Lino, dijo la vieja en un tono agrio y regañon.

—Buenas tardes, respondió el mulato, ¿que os habeis hecho?

—Entrémonos, dijo la vieja, tenemos mucho que hablar.

—Sea en hora buena.

La vieja y Lino se encerraron en la pieza interior.

—Mira mi rostro, dijo la bruja quitándose el manto y despojándose de la toca que casi le cubria por completo.

Lo que no era una novedad para Lino, sí lo será para nuestros lectores: aquella horrible vieja era una mujer hermosa.

Dos trenzas de cabello castaño caian sobre sus espaldas, su

frente era despejada é inteligente, sus ojos grandes, algo maltratados por la costumbre de tenerlos entreabiertos.

La madre Paulina arrancó de sus dientes una pasta negra, descubriendo un limpio esmalte.

Alzóse aquella mujer, ostentando un cuerpo gallardo y arrogante, y su voz varió como un instrumento á quien se le hubiesen dado los tonos de la armonía.

—Veo vuestro rostro pálido, señora, dijo el mulato, dando pruebas de un inmenso respeto.

—Sí, es que he sufrido espantosamente, tú sabes que he reunido una suma considerable en oro merced á esas recetas que recibí en herencia de mis padres.

—Es cierto, señora.

—Que hasta hoy si he sido perseguida por la Inquisicion, he sabido contener su furia.

—Me consta.

—Que doce años de sacrificios han sido un soplo, porque he venido buscando una venganza que ya estaba á punto de realizar.

—Yo ignoro ----

—Sí, mi vida ha sido un secreto para tí, tú sabes que seducida por un hombre que me sacó del lado de mis padres, he sido burlada, escarnecida, y nada mas.

—Es verdad ---- es verdad.

—Pues bien, hace algunas horas que he tenido en mi poder á su hija, que queria arrancar á su padre un tesoro y matarle á la vez, haciéndole perder á lo único que ama en el mundo, á esa niña. Despues quise gozarme en verla en poder de la Inquisicion, para que el infame apurase gota á gota el amargo sufrimiento que yo he domado á fuerza de padecer y de llorar. Una vez logrado mi intento, tenia oro para tornar á Europa ---- pues bien, añadió llorando aquella desgraciada, Rosalía ha desaparecido, llevándose el oro ---- el oro con que yo contaba para nuestra fuga, es decir, mi venganza y mi salvacion!

El mulato inclinó la cabeza para ocultar su rostro.

La madre Paulina notó su turbación, y el pensamiento de una sospecha cruzó con la rapidez de un relámpago.

—Esa niña, pensaba la bruja, no podía adivinar donde estaba el cofre, además que no tenía fuerzas para hacer la escavación; solo el mulato puede haberme acechado; disimulemos por ahora, que si es cierto lo he de plantar en la hoguera.

—Dame papel, voy á escribir una carta que llevarás á la casa de Treviño.

—Estoy á vuestras órdenes.

Después de un momento, el mulato trajo recado de escribir y la bruja se puso á la mesa.

—He concluido, dijo, después de trazar algunas líneas; esta noche arrojarás por la cerradura este papel.

—Está bien.

—A la hora de la *que* la volveré á la taberna.

—Está bien.

La mujer aquella tornó á disfrazarse y salió violentamente de la casa de Lino el mulato.

III.

—Maldita sea esta gitana, cargue el diablo con ella y toda su raza!---- yo creía no volverla á ver cuando de pronto se me cuela, sin temor á la justicia ni á la Inquisición; debe tener al diablo en el cuerpo.

—Si no fuera por el miedo que la tengo, abría esta carta; pero no, respetemos á esa bruja, porque su mano me alcanzaría á todas partes---- temo que descubra el robo, ya otras veces me ha hecho amenazas terribles---- Demonio! sería capaz de arrancarme la lengua.

—Hola, hola, fray Angel á estas horas por aquí! malo anda el negocio.

—Sea Dios bendito, dijo el fraile.

—Y venga con vos, reverendo padre.

—Vengo cansado y deseo sentarme un momento.

—Y tomareis un refresco.

—Gracias, hermano.

—Fray Angel se entró en la taberna y se sentó á una de las mesas, donde el mulato le sirvió un vaso de *catalan*.

—Hum! exclamó fray Angel arremangando los labios, esto es de lo bueno.

—Como que es lo único *moro* que se encuentra en mi casa.

—El muy bellaco no debe chancearse con el sacramento del bautismo.

—Quería decir que no tenía agua ese *catalan*.

—Esa es otra cosa, echemos otro trago.

El fraile sacó después un famoso puro y se puso á dormir.

—Estos frailes, pensó el mulato, son como los gigantes de los cuentos, cuando están despiertos tienen los ojos cerrados.

Pasó así un cuarto de hora.

El fraile volvió á remojar su gaznate.

—Y qué se ha hecho el padre Pontolongon, reverendo padre?

—No me habéis de ese monstruo.

—Monstruo?

—Sí, dragon infernal, tiene pacto con el diablo, está contaminado de heregía, y habla con las brujas.

El mulato se santiguó devotamente.

—Lo que oís, habla con las brujas y asiste al *Sábado*.

—Ave María Purísima! exclamó Lino.

—Pero ya las pagará todas en la Inquisición, mañana al amanecer nos ponemos en marcha para México, aquí no tengo instrumentos para hacerle confesar la verdad; algo podía suplirse, pero tendría escrúpulo de conciencia si el *potro* ó el *borceguí* no saliesen bien hechos, sería un caso de alta responsabilidad ante el Tribunal de la Fé.

—Y habría mucha razón.

—No tengo mas remedio, que cargar con los procesados y no parar hasta la capital.

—Muy bien pensado, dijo el mulato, que concebía el proyecto de denunciar á la madre Paulina para deshacerse de ella; eso debeis hacer, vuestra mision es evangélica, y ademas que un *auto de fé* nunca sobra.

—La hoguera es la moral viva de las almas impuras y pervertidas.

—Si el reverendo padre quisiera oirme en confesion, le referiria cosas que----

El fraile vió con extrañeza al mulato y dijo picado por la curiosidad:

—La Inquisicion habilita *in extremis* la taberna; hablad, hablad.

—Pues reverendo padre, comenzó á decir con hipocresía el mulato, hace algunas semanas que la madre Paulina frecuenta mi casa noche con noche.

—Y bien?

—Que yo he sospechado algo de heregía en esa mujer.

—Eso ya lo sabe la Inquisicion, adelante.

—Esa bruja persigue á muerte á uná honrada familia de Valladolid.

—Qué familia es esa?

El mulato guardó silencio.

—Que habéis os digo!

—Pues esa familia es la del señor de Treviño.

—Y qué tiene que ver la hechicera con ese cristiano?

—No he podido sorprender el secreto, pero debe ser terrible.

—Y no sabéis el paradero de la madre Paulina?

—Hace una hora ha estado aquí mismo.

—Qué decís?

—Que ha estado en mi casa hace un momento.

—Eso no puede ser, anoche ha quedado sepultada entre las cenizas de su antro.

—Os digo, reverendo padre, que la madre Paulina está buena y sana como nosotros.

—Mentís como un bellaco.

—Reverendo padre, os lo juro por los santos Evangelios.

—Eso ya es otra cosa, ¿y donde ha ido?

—No lo sé.

—Y de donde venia?

—Lo ignoró.

—Entonces, con mil demonios! qué es lo que vais á confiarme?

—Que no ha de dilatar en volver á la taberna.

—Ya es otra cosa.

—Es necesario mucho tacto para aprehenderla, porque es un lince, reverendo padre.

—Con la Inquisicion no hay lince, todas estas brujas caen como palomillas en la vela, apostaré á mi gente y no podrá escaparse.

—Recordad que anoche se ha escapado de las llamas.

—Yo haré antes conjuros y exorcismos capaces de amedrentar al mismo infierno.

—Las palabras son débiles, reforzad vuestra patrulla, porque de otra manera os burla.

—Teneis razon, ¿y no os dijo algo sobre algun asunto?

—Sí, reverendo padre.

—Que habéis, ya me estais desesperando!

—Pues me dijo, que ya habia logrado tener entre sus garras á la hija de Treviño.

—Seguid ---- seguid ----

—Y que despues la niña habia desaparecido.

—Eso no me coje de nuevo, es precisamente lo que me tiene desesperado.

—Yo olvidé preguntarle, porque la madre Paulina no es capaz de satisfacer ninguna curiosidad.

—Pero debíais haber indagado.

—Ya os he dicho, reverendo padre, la clase de persona que es la bruja.

—Conque decíais que estará bien pronto en la taberna?

—Luego que cierre la noche.

—Y el familiar Pedraja no ha venido?

—No, reverendo padre, dicen que se lo han llevado las hechiceras.

—Puede ser, aunque él no lo necesita, porque tiene á los espíritus malignos en el cuerpo.

—Aquí toma catalan hasta echar chispas por los ojos.

—A propósito de catalan, voy á concluir con el que me ofrecísteis.

El fraile apuró de un sorbo el líquido embriagante.

—Al caer la noche, estaré con la hermandad, yo os ofrezco que la reverenda bruja no podrá escaparse de la hoguera.

—Yo procuraré entretenerla hasta que llegueis.

—Mucho cuidado.

—Ese es mi encargo, mirad que en un descuido se os escurre como una anguila.

—Dios nos ayude, dijo el fraile y salió de la taberna.

IV.

—El diablo cargue contigo, fraile endemoniado! murmuró el mulato, y cerrando las puertas de la taberna, sacó el cofre, vació en su cama las monedas para que el ruido se apagase en la manta, y comenzó á contar su dinero con una avidez inconcebible.

Ocupado Lino el Mulato en su *delacion*, no percibió varios pasos en el tejado de la casa.

La bruja sospechó desde luego que Lino la habia robado, y se propuso espiar hasta sorprender el secreto.

Luego que se separó de la taberna, hizo que se internaba en la ciudad, por si álguien la seguía; pero se regresó violentamente á una casuca espalda de la que ocupaba el Mulato.

Subió con cuidado hasta el corredor, y con la agilidad de un gato trepó por el declive del techo, hasta dar con una separacion de la madera que dejaba un claro por donde podia verse lo que pasaba en la pieza interior de la taberna.

La vieja aplicó el oido, recogiendo los ecos con el tornavoz formado por el cóncavo de su mano.

Despues que fray Angel salió de la casa, aplicó su ojo perspicaz á la abertura y pudo ver á Lino sacar el cofre y vaciar las monedas en el colchon.

—Ah! infame! exclamó la vieja: conque me engañabas, conque olvidando que me debes la vida, me has robado y despues me denuncias á la Inquisicion! ya tomaré la revancha, te unes desde hoy á las víctimas escogidas á mi venganza ---- todos, todos se conjuran contra mí ---- no importa, lucharé sola ---- cuenta, cuenta ese oro que no disfrutarás, miserable!

El mulato recontaba las monedas, las acariciaba, las besaba, las oprimia contra su corazon como el rico avariento; despues las envolvió separadamente y las colocó en el cofre que cerró con todo cuidado.

Volvióse por todo el aposento buscando un lugar seguro; nada encontraba en su desconfianza.

Decidióse á abrir un tercio de arroz que estaba en uno de los rincones del aposento.

Colocó el cofre en el centro y volvió á cerrar la *jarcia* de tal manera que nadie hubiera sospechado la presencia del tesoro en aquel lugar.

Registró la pieza, la taberna y tienda, dió vuelta en torno de la casa para observar si álguien le acechaba, cerró con llave y se echó á andar en busca del estudiante Pedraja, por ver si daba sobre la pista de la hija de Treviño.

Luego que el mulato se perdió en las callejuelas de la ciudad,